

## La conformación a partir de la forma<sup>1</sup>

Las siguientes reflexiones han sido suscitadas a partir del escrito introductorio a «La conformación a Cristo», realizado por la madre Cristiana Piccardo<sup>2</sup>.

Basado en la «visión de los Padres Cistercienses» y en la propuesta que Madre Cristiana hace en su «Premisa», el presente trabajo tiene la intención de ahondar en el «hecho mismo de la conformación», considerando los dos supuestos implícitos que dan razón de ella, a saber, «forma» y «deformación», que, a la luz de la redención se comprenden en su contexto teológico - cristológico y se sitúan en el estado de «creación» y «caída».

Sólo desde JESUCRISTO el «hecho de la conformación» tiene sentido. Por tanto, el término «conformación» se nos presenta como un término netamente «cristológico», que indica la «re-creación» del hombre y de todo el cosmos en el Hijo de Dios Encarnado.

Cristo es la «forma», el pecado o «de-formación» es entonces una «des-cristificación», una alteración de Cristo en nosotros<sup>3</sup>.

Jesucristo es la manifestación del amor trinitario de Dios, por tanto, su figura solo es interpretable trinitariamente. Bajo esta consideración, toda la doctrina del hombre como *imago et similitudo Dei*, que nuestros Padres ampliamente desarrollan, y que habla de la Trinidad «incoada» en el alma: memoria, inteligencia voluntad, espejo de

---

<sup>1</sup> La Autora de este artículo es novicia del Monasterio Nuestra Señora de Quilvo (Chile).

<sup>2</sup> Madre Cristiana Piccardo, abadesa del Monasterio Nuestra Señora de Coromoto (Venezuela), ha escrito un excelente artículo introductorio, para el trabajo de estudio de las filiaciones de Vitorchiano (1997), sobre el tema del próximo capítulo general de la Orden: *La gracia cisterciense hoy: conformación a Cristo*.

<sup>3</sup> Cf. Monseñor Inos Biffi, "Ejercicios espirituales", 3ª meditación, Vitorchiano 1997.

292 Dios Uni-trino, en nuestra existencia, cobra una gran importancia, que alcanza su mayor resonancia, en la original interpretación que san Bernardo hace de ésta, situando la semejanza con la divinidad en la esfera de la **libertad** humana.

De este modo, a través de la Encarnación, el Dios Trino actúa en la trinidad «de-formada» del hombre, replasmando en él la «semejanza», la «forma» originaria perdida por el pecado... Sin embargo, corresponde al hombre colaborar en la obra redentora de Dios.

La **conversión** como acogida de la «Forma», la apertura en la humilde **receptividad**, sólo son posibles a través del libre «consentimiento», manera concreta de adherir al Plan de Dios sobre nosotros....

## I. La forma

**Preámbulo histórico:** Para comenzar, una pregunta: ¿Qué es la forma? Ante esta pregunta el lenguaje común nos responderá que «forma» es la configuración exterior, la estructura, o el contorno visible de un cuerpo. Si asumimos esta definición, la comprensión del «hecho de la conformación» será totalmente extrínseca, es decir, conformarse a Cristo consistirá en una mera sobreposición de sujetos en donde toda resonancia interior, toda relación con la existencia quedará totalmente desterrada.

Es claro que, el lenguaje común se nos hace insuficiente si queremos alcanzar el sentido fuerte del término. Esta insuficiencia nos invita a realizar un rastreo más profundo, rastreo que haremos desde lo que la reflexión filosófica - teológica ofrece. No obstante, haremos estas consideraciones con plena conciencia de su límite. La conformación a Cristo es ante todo un «hecho», un «acontecimiento» en la propia vida y como tal no es reductible a un par de nociones teóricas.

Sin embargo, desde la filosofía podemos decir que el término «forma» es de amplio uso, sobre todo en el período antiguo y medieval.

Se acuña en la filosofía griega: «*morphé*», y se define como aquello que hace que una cosa sea lo que es. En la filosofía moderna y contemporánea el término «forma» deja de utilizarse con la profusión de los períodos anteriores, y reaparece, nuevamente, como término clave en la psicología alemana: «*Gestalt*», y en la anglosajona como «*Pattern*». Sin embargo, en este resurgimiento, la noción de «forma»,

perderá mucho del sentido y fuerza con que originariamente fue pensada, más aún, esta reaparición estará caracterizada por un fuerte ingrediente «psicologista» que hará más manifiesta la distancia entre la forma comprendida en el cristianismo y su resurgimiento en el ámbito de la psicología.

Por esta razón, nuestra atención estará centrada en su sentido fuerte, que es el que encontramos en los antiguos y en la cristiandad. Retomando la pregunta, ¿Qué es la forma?, podemos decir que en el pensamiento antiguo, y sobretodo en Aristóteles, se considera la «forma» como uno de los principios que explica la estructura más íntima de la realidad.

Partiendo de la experiencia de «cambio» (generación y corrupción de los seres), Aristóteles deduce dos «co-principios» explicativos: Potencia y Acto. En donde acto significa «perfección», como afirmación y positividad ontológica y potencia significa capacidad real de ser en acto; análogamente a esta dupla (Potencia - Acto) postula otra: Materia y Forma, cuya síntesis explica la estructura última y fundante de toda realidad corpórea.

De este modo, el acto entendido como «forma» es perfección estáticamente poseída, a la cual le corresponde una potencia o capacidad de recibir una forma, es decir una «materia».

Esta teoría llamada, «*hylemórfica*» (*hylé* = materia, *morphé* = forma), en su dimensión antropológica, considera al alma humana como «forma», ya que ésta es primer principio de vida, es lo que vivifica al cuerpo, que, por su parte corresponde al principio material, lo vivificado.

La conjunción de ambos principios es lo que constituye la substancia, que es la persona, unidad de cuerpo y alma (aquí se funda la refutación contra todo dualismo).

Nos aproximamos, entonces, al misterio del hombre, quien es una verdadera paradoja: un cuerpo espiritual y un espíritu corporal, en donde, inauditamente, toda su corporalidad esta trascendida de espiritualidad<sup>4</sup>.

Así, la forma (alma) en cuanto primer principio de vida requiere una materia (cuerpo) a la cual informar y constituir la en esta reali-

---

<sup>4</sup> Desde esta perspectiva, la referencia negativa que el dualismo platónico hace a la corporalidad humana queda descartada.

dad<sup>5</sup>, en este hombre concreto; sin embargo y a pesar de esto, hay un efectivo señorío de la forma sobre la materia; el alma emerge de la materia y es por esta razón que podemos afirmar, que no es el cuerpo el que contiene el alma, sino al contrario, es el alma la que contiene el cuerpo ... ( En este hecho se encuentra el fundamento de la dignificación ontológica de el cuerpo humano por el alma espiritual).

Aunque la reflexión que nos viene, con Aristóteles, desde el pensamiento antiguo, aporta bastante al empeño de comprender el misterio de la existencia, más aún; de intentar aproximarnos al misterio de nuestro ser-cristiano, se nos hace insuficiente si realmente queremos llegar a vislumbrar aquella oscuridad luminosa que emana del «hondón» del alma humana. La estrechez de esta comprensión consiste en que en última instancia, «el alma» (forma), y con ella la persona en su totalidad no se explica por ella misma.

Es necesario remitirse a el origen mismo del alma (forma) en cuanto tal. Esta causa solamente la encontramos en el plano de la Revelación y la Fe, en el cual, Dios mismo se nos manifiesta como creador, principio y fin, perfección y plenitud de todas las cosas.

Y es en esta estrechez en donde el pensamiento cristiano emerge con toda su originalidad asumiendo como dicen los Padres, «Todo lo que de verdad se ha dicho»-en los diversos intentos de descifrar el porqué último del hombre y de la realidad, pero ampliándolos, trascendiéndolos y llevándolos a su madurez en Cristo *modelo, fin y consistencia de todo lo creado* (Col 1,16).

### La forma de Cristo<sup>6</sup>

Es en la Cristiandad en donde la percepción de la forma llega a su plenitud. Santo Tomás de Aquino nos ofrecerá una de las comprensiones más límpidas, que se sustentará en la teofanía del Sinaí (Ex 3,13-14), en la que Dios se revela como «AQUEL QUE ES», el Ser subsistente en sí mismo, en el cual están las perfecciones de todas las cosas.

<sup>5</sup> La referencia a materia y forma como co-principios, no es del todo exacta. Se trata de dos principios que en virtud del SER como "*maxime comunicabile*" confluyen en una realidad concreta; más, en sí mismos pertenecen a órdenes distintos.

<sup>6</sup> Entiéndase "Forma ejemplar"; cf. Pío XII, n° 28 de la Encíclica *Mistici Corporis Christi*; también León XIII, Encíclica *Divinum illud*, n° 13.

De este modo la explicación más profunda de la «forma» se hallará en su íntima vinculación con el «Ser», relación creatura Creador, que se espeja en la relación Ser y forma, Dios y el hombre.

Comprendida desde el Ser, la **Forma**: es el constitutivo ontológico de toda realidad creada, esto es así porque la «forma» es participación del ser Divino. Es decir, por la «forma», cada creatura recibe «parcialmente» lo que a Otro le corresponde «totalmente». De esta vinculación entre el Ser (lo que se da, lo recibido) y la forma (lo recipiente)<sup>7</sup> se puede decir que de suyo la forma es «receptividad» es «capacidad» es «potencia» de ser.

El camino de la analogía es el que permite aproximarnos un poco más a este «Misterio». Por esta vía llegamos ha percibir las similitudes y las profundas diferencias existentes entre la «forma» de la naturaleza creada y la «forma» creadora.

El Padre engendrando, «da» al Hijo Unigénito la naturaleza divina tal cual como Él la posee, «*talis data est, qualitus habetur*»<sup>8</sup>, así el Hijo, que «recibe» eternamente del Padre todo su ser, es «Forma» perfecta del Padre, es Forma de Dios. Cristo es la «Forma» por la cual todas las cosas han sido creadas. Con razón podemos decir que Forma es el nombre propio del Hijo, Él es «*Forma formarum*» pues en Él, ser y forma, recipiente y recibido, son lo mismo, su mismo ser.

La **forma Christi es forma Filii**, esto quiere decir total apertura al ser divino del Padre *el Hijo que todo lo recibe del Padre, Que se alimenta de la voluntad del Padre que lo ha enviado (Jn 4,34)*, Que no busca otra cosa que la Voluntad del Padre (Jn 5,30)<sup>9</sup>.

Ahora bien, en el hombre recipiente y recibido se identifican, pero no «totalmente» sino «parcialmente», en tanto que participa del ser del Hijo (no como engendrado sino como creado: es distinta la naturaleza creada que la naturaleza creadora).

Por su alma el hombre es «**Capax Dei**», capaz de Dios, es decir, como ninguna otra creatura, es capaz de participar en la naturaleza Divina mediante la comunión en el misterio de la Santísima Trinidad<sup>10</sup>.

<sup>7</sup> Cf. Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I, q. 4., a. 1, ad 3.

<sup>8</sup> Cf. San Hilario de Poitiers, *De Trinitate*, II,8.

<sup>9</sup> Otros textos: Jn 6,38; 14,31.

<sup>10</sup> Cf. *Lumen Orientalis*, 6.

Toda la creación ha sido hecha por el Verbo Encarnado, en *Él nos movemos somos y existimos*. Todo, absolutamente todo, pero de sobremanera el hombre, está signado con la impronta de la Forma del Hijo, que es «**Receptividad**». Por esta razón la «**Forma Filii**» es la Forma según la cual todo es medido incluso yo mismo.

En su pedagogía, la tradición cristiana ha gustado mucho de la analogía de la «luz», ya que ésta ilumina el ojo de la propia conciencia, nos hace volver a la memoria de la Presencia que está ya siempre en nosotros, «presentes a la Presencia», memoria de estar totalmente sumergidos en Dios que da a nuestros ojos una luminosidad sobrenatural: *En Tu Luz vemos la luz* (Sal 36,10).

Es interesante notar como Santo Tomás también la utiliza para expresar la relación que se da entre la forma y el Ser. Nos dice: «La forma no es el Ser, sino que entre ambos hay un cierto orden, pues la forma se compara con el Ser como la Luz se compara con el brillar...»<sup>11</sup>. Luz y brillo, Ser y forma, Dios y el alma, son términos ajustables a una misma proporción. Y la Luz de la cual hablamos, no es una luz sensible, es el brillo del ser Divino en la creatura, es la misma «imagen» del Unitrino plasmada en el alma. Ésta es la nobleza por la cual el hombre irradia, de un modo especialísimo, el brillo que le asemeja a la belleza de su Creador.

Comprendida la Forma como «**splendor**» del ser, podemos hacer una interpretación en clave «**Estética**»<sup>12</sup> y por tanto trinitaria de la conformación. Desde esta perspectiva, Cristo, la «**Belleza-Encarnada**», se nos presenta como camino y fin de la conformación. Al hablar de la «**Belleza**» recurrimos nuevamente al lenguaje de la «**Luz**», porque el conformado «refleja en sí mismo un rayo de la luz inaccesible y en su peregrinar terreno camina hacia la Fuente inagotable de la luz»<sup>13</sup>.

En Cristo nos ponemos de cara a la «**Gloria**» porque «el hombre, que es epifanía de la gloria de Dios, está llamado a vivir de la plenitud de la vida en Dios.» (*Tertio Milenio Adveniente* I,6).

Desde este ángulo comprendemos el hondo llamado a llevar una existencia transfigurada, transparente, luminosa, como hijos de la luz, a dejarnos ser verdadera huella de la Trinidad en la historia, porque el

<sup>11</sup> Santo Tomás de Aquino, *Contra Gentes*, II. c. 54.

<sup>12</sup> Monseñor Inos Biffi, "Ejercicios espirituales", Vitorchiano 1997.

<sup>13</sup> Cf. *Vita Consecrata* I,16.

«conformado» invita a otros a descubrir el atractivo y nostalgia de la belleza de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Es necesario subrayar:

El lograr una visión radical de la Forma a partir del ser, es decir, entender el alma humana y por tanto al hombre en su totalidad, como «Apertura», «Capacidad», «Receptividad» del ser Trinitario donado en el acto creador.

En base a esta óptica el hombre recibe su ser de Otro y este recibirse del alma es su subsistir; se tiene a sí mismo (porque se recibe) y este tenerse es lo que da la posibilidad de constituirse en sujeto, de poder decir «yo», de vivir una interioridad y por tanto, también de poder donarse, apropiarse («nadie da lo que no tiene») y de entrar en relación «desde dentro», desde la propia intimidad, desde su propio «yo», a la intimidad del prójimo y de Dios.

Esta relación de inserción recíproca es posible sólo porque estamos ya asumidos, en esta entraña común que nos liga, Jesucristo.

Sólo se recibe quien reconoce que su ser es otorgado y es este «reconocimiento», el que de la inmanencia del propio «yo», lanza en éxtasis hacia un «Tú», me pone inmediatamente en frente de uno que es totalmente Otro, distinto de mí, por el cual soy lo que soy, sin el cual sería imposible mi existencia.

Por eso el cristiano no «se toma a sí mismo», sino que, continuamente, «se recibe» como «regalado» de manos de Dios y de su prójimo, viviendo en la creciente conciencia de que todo, absolutamente todo de lo que sea capaz de «recibir y de ofrecer», todo, incluso antes de recibido y ofrecido, ya, máximamente le «pertenece» a Dios.

Percibida la «forma», «alma», como «receptividad», podríamos tentar una primera intuición del hecho de la con-formación como la adhesión íntima y total de una persona a otra, adhesión de la propia persona a la persona de Cristo. Es decir, el alma receptiva, y por tanto la persona en su totalidad, «adhiriendo» a la persona de Cristo recibe la *forma Christi* que es la plenitud de su ser en la «forma de Hijo».

Sin embargo, antes de seguir en este punto es necesario hacer el paso que explica, que da razón y motivo al «hecho de la conformación». Este paso es la deformación del alma o pecado.

Es evidente que no todas las creaturas participan de igual modo en el ser de Dios. De entre las creaturas, por estar hecho *imago et similitudine Dei* (Gn 1,26), el hombre «es» de un modo mucho más pleno. Esto porque tiene una mayor capacidad de «recepción», está más abierto. Al ser directamente querido y creado por Dios es más próximo al mismo Ser Divino, y hablar de proximidad significa hablar de una participación mucho más íntima de toda la persona en la vida trinitaria.

Mas aún, hay que recordar que, antes de la caída del pecado, Dios había decretado elevar al hombre a la participación de la vida divina<sup>14</sup>, la existencia humana, por la gracia, estaba elevada a un estado sobrenatural, todo su ser (alma y cuerpo) estaba orientado hacia Dios, todas sus facultades, todas sus potencialidades estaban «unificadas» en un único deseo: «alabanza y gloria a Dios».

El hecho del pecado, es un hecho que afecta ontológicamente al hombre<sup>15</sup>, introduce un desorden en la existencia y en las facultades que desvirtúa esta participación. Así visto, el pecado se constituye en principio de «desemejanza», de «deformación» entre el hombre y Dios, de opacamiento, debilidad, y por lo mismo de ocultamiento de la «propia identidad»<sup>16</sup>.

El Concilio Vaticano II, al describir la constitución óptica del hombre, señala que incluso después del pecado, permanece la visión del mismo como «imagen de Dios», que, salida de las manos de Dios y deformada por el pecado encuentra su plena restauración en Cristo, *imagen del Dios invisible engendrado antes de toda creatura* (Col 1,15)<sup>17</sup>.

Así el problema del hombre es un problema antropológico, soteriológico y escatológico, que sólo tiene solución en Cristo, porque la vida divina, que se nos comunica en Cristo renueva la raíz de todo nuestro ser y obrar.

Para nuestros Padres Cistercienses, en todo este problema, es de

<sup>14</sup> Concilio Vaticano II, *Lumen Gentium* I, 2.

<sup>15</sup> *Catecismo de la Iglesia Católica*, n° 404.

<sup>16</sup> Eva Carlota Rava, *Caída del hombre y retorno a la verdad en los primeros tratados de San Bernardo de Claraval*.

<sup>17</sup> Cf. *Gaudium et Spes*, n° 14 y ss.



fundamental importancia la doctrina de la «**imagen y semejanza**», que tiene su origen en la Sagrada Escritura y en la teología patristica.

En el ámbito de la patristica, quien ha influenciado mayormente en este tema es san Agustín. Toda su teología trinitaria se origina en la búsqueda de la inteligencia del misterio revelado y en el lenguaje que había ya formulado establemente el dogma.

Este inédito esfuerzo tiene la densidad de su núcleo en la reflexión sobre el misterio Trinitario y en la contemplación del alma (*mens*) humana como imagen de la Trinidad<sup>18</sup>. «Veamos en nosotros, cuanto podemos, la imagen de Dios (*De Trinitate* l. IX).

Agustín ve en el alma humana vestigios de la divinidad, descubre una Trinidad incoada en el hombre, que se manifiesta expresamente en el alma: **Memoria, Inteligencia y Voluntad**, en las que se despliega la actividad inmanente de la vida del espíritu.

**La Memoria**, en este contexto, no se refiere solamente a la facultad del recordar o a la capacidad habitual de retener lo ya conocido. Memoria es la «**unidad originaria**» del espíritu mismo, que posibilita toda retención y todo recuerdo. Es el saberse, es la propia autopresencia: por ella el hombre tiene dada para sí su propia «**identidad subjetiva**».

**Inteligencia** «*oritur ex memoria*», procede de la memoria (como el Hijo procede del Padre) y emana en el interior del alma la palabra interna, *verbum cordis*. De la Memoria y de la Palabra Interior, **Inteligencia**, surge la **Voluntad** que es la inclinación y orden del espíritu.

San Bernardo y todos nuestros Padres, beben de esta fuente. En uno de sus sermones sobre el cantar, Bernardo retoma la idea de esta Trinidad incoada en el alma del hombre; nos dice: «Intuyo claramente en el alma la razón (*ratio*), la voluntad (*voluntas*), y la memoria: las tres constituyen el ser del alma»<sup>19</sup>.

Sumido en esta reflexión, el claravalense, nos descubre el contraste que se da entre la Trinidad impresa en el alma del hombre y deformada por el pecado y Dios-Trinidad: «¡Ay, Trinidad de mi alma, te expatriaste al pecar mira ahora tu gran desemejanza con la Trinidad!»<sup>20</sup>, el pecado, como desorden ontológico introduce la **deformación** y la **desemejanza** en estas facultades del alma. San Bernardo

<sup>18</sup> San Agustín, *Confesiones*, libro X; *De Trinitate*, libros, IX, X, XIV.

<sup>19</sup> SCt 11,5.

<sup>20</sup> SCt 11,6.

explica la repercusión del pecado, señalando cuanto les falta para ser completas y perfectas. Así, la razón frecuentemente se engaña en sus juicios, la voluntad es sacudida por diversos desórdenes y la memoria se desconcierta por sus muchos olvidos.

**Memoria, Inteligencia y Voluntad** son la imagen de **Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo**, en el hombre, según el alma, y están laceradas por el pecado. Es necesario curarlas y sólo Aquel que sacia de bienes todos los anhelos, puede operar esta sanación: «Siendo plenitud luminosa para la razón (Verdad-Hijo), torrente de paz para la voluntad (Caridad-Espíritu Santo), y presencia eterna para la memoria, (Eternidad-Padre)»; «¡Oh, Caridad, Verdad, Eternidad!, ¡Santa y Feliz Trinidad!»<sup>21</sup>.

Bernardo, que conoce profundamente la naturaleza humana, es también un excelente psicólogo, y esto precisamente porque trasciende de la mera observación y constatación del conflicto personal, tocando siempre la médula misma de la existencia, que es la vocación, y la consecutiva y urgente respuesta que el hombre debe darse a sí mismo, al prójimo y a Dios.

Desde esta perspectiva de «fe», nos ofrece una muy precisa y actual fenomenología de la «deformación», la cual nos ilustra, certeramente, el estado de extrañeza existencial del hombre caído.

Por el pecado el hombre se encuentra en la «*regio disimilitudine*»<sup>22</sup>, el hombre caído es un extranjero, un extraño, no tan solo a Dios y al prójimo, sino también a sí mismo. Esta expresión bernardiana, señala un estado de «alienación interior», una disociación entre la «imagen» indeleble y la « semejanza » perdida, que en el hombre se presentan como dos realidades antitéticas.

La experiencia de la «imagen-desemejante», que llevamos como ley del ser íntimo se nos hace muy palmaria en la dramática vivencia cotidiana de lo que llamamos «conflicto interior», expresado en el continuo desdoblamiento de la propia identidad. Caricaturizando un poco, podríamos hablar de una actitud de «*saping espiritual*» que, continuamente nos hace oscilar entre una suprasensibilidad cuasi mística y un sensualismo lleno de inquietudes. Así, perfectamente, la consigna del alienado habitante de la región de la desemejanza se podría sintetizar en esta frase: «Yo no soy yo, soy muchos».

<sup>21</sup> ScT 2,6.

<sup>22</sup> Hum 10,32.

Esta es la tensión interior que San Pablo, en su carta a los Romanos (7,19) expresa con mucha agudeza: *No hago el bien que quiero sino el mal que no quiero...* Y sabemos que sólo hay «historia», sólo hay narración de la propia vida cuando hay «sentido y coherencia», «unidad». Cuando una vida no puede ser narrada es que no tiene «sentido». Cristo es el «Sentido», Él es nuestra «unidad y consistencia».

En esta «deformación progresivo-intensiva»<sup>23</sup> del hombre, la «forma» que, en Cristo la «FORMA», estaba pensada y hecha desde el principio para la plenitud de la gloria, se constriñe, se cierra sobre sí misma, haciendo del hombre un ser totalmente impotente e incapacitado, mermando de este modo su capacidad de apertura al don de Dios.

La trama de la vida humana se nos manifiesta como un «drama», pues el que pudo a sí mismo «deformarse», ahora no puede «reformarse» a sí mismo.

Al mismo tiempo, tras el patente «conflicto», se encuentra latente el «deseo» y «la honda vocación» a la plenitud; esto porque el «deformado» no ha perdido totalmente la «forma», sino que la «forma» (de-formada), actualmente poseída, no es la que le corresponde en plenitud. Porque al permanecer la «imagen», se guarda una cierta «memoria», que se traduce en el «deseo», chispa de divinidad que mueve el corazón a la búsqueda de una plenitud cada vez mayor, que sólo se alcanza en Cristo.

De este modo, si Cristo es la Forma, entonces la deformación del alma o pecado es una **des-cristificación**, una alteración de Cristo en nosotros<sup>24</sup>.

Nuestra historia se debate en re-plasmar nuestro modelo inicial, volver a la **FORMA** primera. Estamos llamados a ser en Cristo, idea original de Dios Padre en la cual cada cosa y, particularísimamente cada hombre ha sido concebido, pues todo ha sido creado en el Señor **Jesús Crucificado-Resucitado**, ÉL es la Forma y el modelo absoluto de todo.

Considerando el pecado o la deformación del alma desde la radical vinculación ser y forma, vinculación de comunicabilidad y receptividad y posibilidad de relación, podemos decir que, el pecado

<sup>23</sup> Expresión usada por C.Rava en su libro *Caída del hombre y retorno a la verdad en los primeros tratados de san Bernardo de Claraval*.

<sup>24</sup> Cf. Monseñor Inos Biffi, "Ejercicios espirituales", Vitorchiano 1997, 3a meditación.

es caer en el abismo de la impotencia e incapacidad de «*recibirse*» del sujeto y por tanto anulación del propio «yo», renegamiento de toda interioridad, imposibilidad de entrar en la **relación filial-esposal**, a la que Dios continuamente nos llama en Jesucristo.

**«Sin un yo tampoco háy razón para un tú, con quien iniciar una relación que dure hasta la eternidad...»** en éste sentido, perdido el yo, no hay un «quién», que responda a la iniciativa de diálogo, a la que continuamente somos llamados por Dios.

Se inicia la dialéctica del «yo» **que solo se recobra entregándose**. Y es tan desconcertante como cierto, el «yo» sólo es posible en relación a un «tú»; dicho más tajantemente: **«yo soy un tú que me haces»**, y el yo es un «Tú» **ya hecho...**

### *Bautismo y Conversión:*

El hecho ontológico que restablece la forma deformada por el pecado es el sacramento del Bautismo, el cual nos injerta en el cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia. Como monjes esto es muy importante ya que nuestra vida se centra en vivir radicalmente nuestro Bautismo; el **«itinerario a la forma»**, es siempre de una forma **«deformada»**, alma del hombre herida por el pecado, a la forma plena, **Forma Christi, forma Filii**.

El Bautismo suprime totalmente la causa de la deformación, sin embargo aunque nuestra naturaleza es sanada, queda debilitada y resentida. «Convalecientes» como de una larga y mortal enfermedad, estamos continuamente inclinados a recaer en el pecado, quedamos con una intrínseca tendencia a deformación. Ciertamente ya no hablamos de un «estado» sino de un **«proceso»** de la propia conciencia, que elige por segunda vez el mal, ahora bien, este **«proceso»**, que muchas veces es agravado por nuestra continua reincidencia en el mal, ya no tiene un carácter determinante, no sella para siempre la existencia terrena, ni constituye la verdad última de nuestro ser.

La continua **«conversión»** de vida en la **«adhesión»** a Cristo, mediante el ejercicio de la virtud, manifestada con gestos y hechos concretos en el «aquí y ahora» de cada «instante» de nuestra vida, es lo que cura y robustece nuestra naturaleza resentida. Y es también el parangón que nos muestra como a través de la vida cotidiana nos alejamos o aproximamos a conformarnos con Cristo, según vayamos re-

cuperando o abandonando nuestro «verdadero yo» al vicio y a la muerte.

También hay que decir, que la **conformación** no se realiza del todo en el mismo momento de la **conversión**, se trata de una tarea que día a día se va realizando, «como la gota de agua que orada la piedra...», lentamente se va renovando en nosotros, la imagen de Dios hasta alcanzar la perfecta semejanza en la gloria. Pero no debemos olvidar que esto sólo se realiza con la ayuda de Dios *sin mí no podéis hacer nada* (Jn 15,5). Se responde a la Gracia por la Gracia.

Entonces, la acogida de la «FORMA» es la **conversión**, esto es el asentimiento, «*consensus*», a la **Gracia**, y la persona de **Cristo** es nuestra **Gracia**.

Desde esta perspectiva la **Conversión como «consensus»** es un «*redire ad Formam*», volver a la Forma, volver a Cristo, es pasar de la de-formación a la con-formación.

### III. La conformación

En el Verbo Encarnado, en la «**forma de Hijo**», recuperamos nuestro verdadero ser como «**imagen y semejanza de Dios**», y alcanzamos la más plena e íntima comunión con Dios: «*unus spiritus*» mediante la conformación a Cristo.

La Encarnación es posibilitadora de la conformación, «*El Hijo de Dios se ha hecho hijo del hombre, para que el hombre llegase a ser hijo de Dios*» (san Ireneo) y sólo por este hecho el hombre es deificado. Estamos asumidos en el Verbo Encarnado, y asumidos por y en Él, nos comunica su «**forma**» de existencia. Por esta razón, recibir la «**forma del Hijo**» *reestructura profundamente al «conformado»; sana la Memoria, Cristo pasa a ser el principio unificador, amalgamador, conglutinador de la existencia, que da coherencia a la narración de la propia historia, sitúa a la razón en dependencia de la Verdad suprema, potencia la voluntad en su dimensión más auténtica, la de la PERTENENCIA A DIOS*» (Carta Md. Cristiana, 4/IV/97).

Su «**Forma**» de existencia, Gracia que nos otorga el Padre, es siempre «**crístiforme**»; H. U. von Balthasar nos dice que esta gracia crístiforme «*nos asemeja al Hijo, sin violentarnos a nosotros como*

304 *hombres por que el Hijo mismo se hizo hombre*<sup>25</sup>. De ahí que, sólo contemplando el Misterio del Verbo Encarnado, descubrimos que el «yo» solo puede existir en la relación de paternidad y filiación.

*«La Palabra más sagrada que el hombre puede pronunciar después de Dios es la palabra yo»* (D. Giussani), es como un movimiento simultáneo, unísono: es María en la Anunciación que dice *«Yo acepto»*, *«Hágase en mi según tu palabra»*, es Cristo, en el bautismo, en la transfiguración, en su pasión y muerte: *«Yo acepto»*, *«hágase tu voluntad no la mía»*, es la apertura en la **Humilde Receptividad**..

Y con todo, siempre queda una resistencia a perder el «yo». Quizás por esta razón también la conformación es un camino de «retorno», un continuo proceso de conversión a Cristo, de verdadera inserción en su Yo filial-eclesial, en su vida, y en su paradójico destino de Cruz y Gloria.

Perder el yo significa abandonar el clamor de la propia voluntad, decir **«no mi voluntad»**, tal como Jesús, tal como María, con la progresiva lucidez (y esto es lo que intentamos) de que no se trata de una negación por una negación, sino que, bajo esta apariencia de «No», hay un «Sí», pues la verdadera negación de sí, sólo es válida si **afirma a Otro**. La renuncia al «yo» consiste en hacer espacio a la presencia del designio de Dios en mí, hacer espacio para que ese otro que está a mi lado **«sea»**, y sea más que yo..., se trata de morir a todos los límites y taras que yo mismo he impuesto al Amor, pero no por mí mismo sino, y esto es lo primordial, **por otro**.

En el fondo de este aplastamiento y desintegración del yo, que quizás escandaliza a nuestro tiempo tan marcado por el individualismo, palpita como causa última, incomprensible y necesaria el «misterio de elección» gratuita. Sin un porqué acomodable a nuestra lógica, sin méritos o deméritos que hablen a nuestro favor o contra, sin una solución de continuidad perceptible a nuestros ojos, somos introducidos en la dimensión de la gratuidad divina, de la donación recíproca e infinita de las Personas Divinas, dimensión trinitaria, pues estamos predestinados de antemano, en el Hijo Encarnado, a entrar en esta relación de amorosa reciprocidad con el Padre, en el Espíritu Santo.

Por eso, *«Si el grano de trigo que cae en la tierra no muere queda solo, pero si muere...»* y cuando esto ha sucedido, Cristo devuelve toda la personalidad (esto es curiosísimo, pero siempre devuelve más

<sup>25</sup> Hans Urs von Balthasar, *La oración contemplativa*.

de lo que se ha dado, ¡el céntuplo!), dicho más precisamente, **Cristo, El Hombre Nuevo**, nos devuelve ¡una nueva personalidad!... por eso cuando seamos totalmente de Cristo «seremos más nosotros mismos que nunca».

La «**Pertenencia**» a Cristo, se nos presenta como el nivel más profundo de la conformación, en ella «seremos más nosotros mismos que nunca», ya que la **pertenencia** es el fondo último de nuestra identidad, «El cristiano es de Cristo», en el «**ser de Cristo y de cada uno de sus miembros**» se encuentra el sentido más hondo de nuestra existencia. Ciertamente nos reconocemos por lo que somos desde Cristo, y desde ÉL somos «Hijos», «Cuerpo», «Iglesia». Nuestra existencia en Cristo es entonces efecto de Su presencia inmanente en nosotros (2 Co 13,5).

De manos del Padre y por acción del Espíritu, continuamente «**nos estamos recibiendo**» en el Hijo, porque Él hace suya nuestra vida introduciéndonos en el latido más hondo de su corazón.

Con la Fe el hombre asume su ser cristiforme, por la Fe es introducido en el hondo latido de vida del Hijo, esta respuesta a la gracia, «consentimiento» (que también es gracia) es la «**adhesión conformadora**»<sup>26</sup>.

La «**adhesión conformadora**» con Cristo de toda la existencia, es la actualización de la gracia «**cristiforme**» en nosotros. En esta «**adhesión**» el conformado adhiere a la «*Forma Filii*», tan íntima y totalmente que se produce la plena identificación, en esa unión misteriosa, por la que el conformado sin perder su identidad, (¡y esto es lo tremendo!) elonga su «**forma**» constreñida por el «**yo finito**», «**yo mundano**», en el «**Yo de Cristo**», en su *Yo-ecclesia*. Así el yo es dilatado, es hecho universal en el amor, que no excluye a nadie, ensanchándose hasta abrazar a la humanidad entera.

H. U. von Balthasar nos habla de movimiento de «**expropiación**»<sup>27</sup>, el que es conformado sale de sí mismo, de su continua referencia a sí mismo, de su particularidad y comienza a vivir no para sí, sino para aquel que murió y resucitó por él (2 Co 5,15).

El modo específico de **pertenecer**, de ser miembro en este Cuerpo, es la **vocación**, en la cual la persona debe poner todo su ser a

<sup>26</sup> Cf. Juan Pablo II, *Vita Consecrata*, I, 16. Ver textos paulinos: Rm 13,14; Ga 3,27; Col 3,12-16.

<sup>27</sup> Cf. H. U. von Balthasar, *Gloria*, t. VII.

«disposición» para que, por la consciente entrega de sí, encuentre su realización plena mas allá de sus posibilidades naturales e imperfectas, àquello por lo que su naturaleza sobrepasa infaliblemente sus fuerzas y es capaz de dar fruto sobrenatural.

Sólo en la «*Forma Filii*» el hombre llega a entenderse a sí mismo, porque la vocación misma tiene forma de Hijo y quien se atiene a su vocación realiza su ser.

La conformación con Cristo tiene plena realización escatológica. En esta vida vivimos la tensión del «ya pero todavía no». Con la resurrección será consumada en su totalidad, puesto que nuestros cuerpos glorificados constituirán el cuerpo único de la Esposa sin mancha ni arruga del Cordero.

#### IV. La conformación como esponsabilidad

La vida siempre recibida de «Otro» y de «otros», está destinada a entregarse a «otros» en «donación». Por esta razón, la «esponsabilidad»<sup>28</sup> entendida en su raíz como «ser-para-el-don», es expresión máxima del hecho de la conformación.

«Ser-para-el-don», o dicho trinitariamente: «ser-para-otro; ser-a-partir-de-otro; ser-con-otro», constituye la esencia misma de nuestro existir. Todo en nosotros está hecho para unirnos a Otro y completarnos en la vida de comunión con otros.

La vida íntima del Dios Uni-trino «es amor», amor infinito, esencial y común que une à las tres Personas divinas. Es don total de sí que las tres Personas divinas se hacen recíprocamente<sup>29</sup>.

En la Trinidad, donación y receptividad son un único y solo movimiento vital. Desde siempre y de un modo que sobrepasa nuestra comprensión, cada una de las tres Personas divinas se está dando y recibiendo totalmente en las otras.

<sup>28</sup> Me refiero a la "esponsalidad" en sentido amplio como el misterio que marca toda existencia cristiana (cf. *Catecismo* n° 1617), y que en la vida de la Iglesia se expresa en una complementariedad recíproca, del matrimonio y de la virginidad consagrada. La imagen apocalíptica de "las Bodas del Cordero", nos señala que el estado definitivo y final del cristiano es "esponsal"; y esto precisamente, porque la "esponsalidad" es reflejo de la vida divina, de la total reciprocidad del amor trinitario comunicado a nosotros por medio de Jesucristo.

<sup>29</sup> Cf. Juan Pablo II, *Dominum et Vivificantem*, I,10; *Vita consecrata*, I,21.



El amor trinitario es la «forma» suprema y única de todo amor entre Dios y el hombre y de los hombres entre sí<sup>30</sup>.

Esta dinámica de la vida divina, aunque participadamente, también se va realizando en nosotros. En efecto, conformados a Cristo, mediante la Iglesia, nuestra capacidad de «don de sí» y de «acogida al otro», es transfigurada y llevada a su plenitud.

En Cristo, Dios nos revela que su amor por nosotros es esponsal. Si de fondo la «esponsalidad» significa existir el uno en el otro; entonces sólo en Cristo Dios existe verdaderamente en el hombre y el hombre en Dios. El Esposo Jesucristo, revela la cúspide del amor nupcial y de la fecundidad en relación con la Iglesia su Esposa.

Esto lo comprendemos contemplando el misterio de la Encarnación. Cristo asume un Cuerpo, y en su Cuerpo desposa consigo a todo hombre, viviendo su vida como don nupcial a la humanidad; comunicándole así su propia vida, que es la misma vida trinitaria<sup>31</sup>. De ahí el estrecho lazo entre eucaristía y esponsalidad; pues, es en este sacramento, en donde se recibe y vive el «doñ nupcial de Cristo».

Cristo ha entregado su Cuerpo para la comunión de las personas, por lo tanto, sólo la «eucaristía» hace verdaderamente efectiva nuestra capacidad de «receptividad y donación» a otros. En efecto, en ella se integran todos los gestos del amor humano en el amor absoluto y total de Cristo-Esposo por la Iglesia-Esposa.

Y si la resurrección de Cristo es la primicia de la resurrección de los cuerpos: plena afirmación de la persona espiritual en un cuerpo espiritual. Entonces podemos decir que, en esta dimensión escatológica, el cuerpo estará totalmente sometido a la dimensión espiritual, lo que realizará una dócil y perfecta expresión de la persona en su verdad profunda de «ser-para-el-don». En esta dimensión, la significación esponsal de la conformación a Cristo tendrá su plenitud, pues el hombre tendrá una capacidad de comunión sin límites de tiempo ni espacio. «El mundo escatológico, será la plena realización del orden trinitario en el mundo creado, en el mundo de las personas: **las personas manifestarán la imagen de Dios en el don de sí**» (Juan Pablo II).

En su misterio la Iglesia es, a la vez, «Cuerpo» y «Esposa» de Cristo; «Unidad», con el Esposo Santo, en «Alteridad» con Él. Es

<sup>30</sup> Cf. H. U. von Balthasar, *Gloria*, t. VII.

<sup>31</sup> Cf. H. U. von Balthasar, *Sponsa Verbi*, Ed. Cristiandad.

«seno», abierto hacia el cielo y hacia la tierra, en el cual, recibimos (de Jesucristo), nuestra verdadera identidad **«filial-esposal»**.

Hay que decir que, la correcta aproximación a este *grande misterio* (Ef 5,32) pasa a través de la persona de María. Ella, la totalmente conformada a Cristo, por su **«fe virginal»** y su **«fecundidad servicial»** se nos presenta como perfecta **«figura»**<sup>32</sup> de la Iglesia. En efecto, toda nuestra capacidad receptiva a las propuestas de Dios y todas nuestras respuestas a la gracia de su Hijo están mentadas en su **«Sí»** a la Encarnación.

La Iglesia estaba presente en María al tiempo de la Encarnación, como habría de estar más tarde en el Calvario, y tiene como modelo ideal la continuada actitud mariana de total **«receptividad»** propia de la esposa fiel a Cristo.

La gracia de la conformación es siempre gracia en y por la **«Comunidad-Iglesia»**. Como ya hemos señalado, el amor originario es el de Cristo por la Iglesia, y el Amor Encarnado de Dios nada quiere hacer que no sea en comunión con sus hermanos. En efecto, el elegido por este amor está en la **«Iglesia-Esposa»**, como una personificación; y como tal, el misterio único de **«Bodas»** resplandece en el corazón de cada creyente-conformado. Por esta razón, **«comulgar en el misterio de la Iglesia es ser conformado a Cristo»**.

Ahora bien, en esta adhesión a la **«Iglesia-Esposa»**, que no es tomar sino ser tomado por el «Esposo», el conformado recibe la «Forma» del «Esposo», «Forma» que por sí mismo jamás podría alcanzar, y que lo relaciona de manera «esposal» a cada miembro del Cuerpo de Cristo.

Hablamos entonces de **«Esposalidad-fraterna»** que es reflejo vivo del amoroso movimiento trinitario de «donación y receptividad», y que en nosotros, se manifiesta en la gratuidad del amor recibido y entregado, en el estar continuamente «recibiéndose» de Dios por manos de «otro», del hermano, de la Iglesia... y en el «darse» a «otros», respuesta libre y gratuita a la vida derramada en nosotros sin medida.

La Iglesia alumbró al Verbo, y en el Verbo se alumbró ella misma, engendro y soy engendrada en el mismo acto de fe. Y es que la esposalidad vivida en las entrañas de Jesucristo conlleva una Maternidad-Fecundidad de la vida nueva e inmortal de los hijos concebidos

<sup>32</sup> Cf. Juan Pablo II, *Redemptoris Mater*, III,42.

por el Espíritu<sup>33</sup> ... «nos engendramos unos a otros para la vida eterna...».

La Iglesia Virgen-Esposa-Madre está en nosotros, en ella nos reconocemos como «Unidad vital», como «Cuerpo único», que conformado al Esposo lleva en lo hondo de su ser el sello imborrable de su Vida. Y su Vida es Cruz y Gloria. Necesitamos de la Iglesia, necesitamos del Cuerpo de Cristo, de esos concretos y cotidianos hermanos o hermanas, que su designio de salvación nos ha dado, para verdaderamente ser conformados a Cristo.

Las «Bodas celestes» serán la plena consumación de este misterio en nosotros. En ellas, «desposados» con Cristo, y en Él con el hermano y con cada hombre gozaremos de una «comuni6n recíproca perfecta».

Para el monje, esta vivencia se realiza con una intensidad muy particular, porque en la radicalidad de su seguimiento a Cristo, ya desde ahora, está llamado a vivir este misterio de «Bodas» en la universalidad del don; dando testimonio más allá de todo límite de que «Dios sea todo en todos».

*Monasterio Nuestra Señora de Quilvo  
Casilla 17 D. Curicó  
Chile*

<sup>33</sup> Cf. Concilio Vaticano II, *Lumen Gentium*, 64.